

nutos y llegamos atravesando las olas de gente á la plaza de San Pedro ántes de las nueve ménos cuarto. Aun era tiempo, pues la primera iluminacion, que comienza á las ocho, estaba á punto de acabar. A las nueve hay cambio de iluminacion.

A la primera campanada de la hora, una cosa inflamada, semejante á las exhalaciones celestes, corre por la cúpula, la cruz, las pequeñas cúpulas, la fachada, el peristilo, la columnata, la plaza, dejándose ver por todas partes y no deteniéndose en ninguna; y cuando suena la última campanada, ese no sé qué, no se vuelve á mover, ni á ver; pero se han encendido setecientas noventa y una luces y se ven mezclados á las líneas un poco apagadas de la iluminacion los rosetones, las guirnaldas, los candelabros y otros focos de brillante luz. Nada puede expresar la prontitud de este cambio de luces, así como les parece difícil comprender á los que no lo han visto, lo grandioso de aquel incendio de la cúpula 1. Trescientos sesenta y cinco *petrini* trabajadores de San Pedro, suspendidos con cuerdas, han obrado repentinamente aquel efecto mágico sin que se haya podido percibirles, y han encendido en el tiempo que acabo de describir, cinco mil novecientas noventa y una lámparas. Este es secreto suyo y una de las glorias del génio italiano sin rival en las bellas artes y en ordenar una fiesta.

Lo que realza el carácter de este brillante espectáculo y aumenta la impresion, es el pensamiento que él inspira. En los otros países se hacen iluminaciones para fiestas civiles, y en Roma solo para fiestas religiosas; aquí porque es alegre el sufrimiento del destierro, unido á la fe y á la esperanza; allá por las esperanzas deliciosas de la patria. Y todo en Roma toma el carácter de lo infinito, y el espectador ele-

1 Manual de la capilla Sixtina, p. 114.

vado sobre sí mismo, se retira bendiciendo á la Providencia por haberle hecho testigo de aquellas grandes solemnidades, las más encantadoras despues de las del cielo.

28 DE MARZO.

Adioses á Roma pagana.—Fuegos de artificio del castillo Sant-Angelo.—Reflexiones sobre las solemnidades romanas de la Semana Santa y de la Pascua.

Fuera de los fuegos artificiales del castillo Sant-Angelo, que nos estaban reservados para la noche, habíamos visto todo lo que Roma y el mundo pueden ofrecer de más magnífico. El objeto del viaje se habia cumplido y era necesario pensar en la partida. Habíamos venido para estudiar las tres ciudades encerradas en una sola. A fin de conservar más vivos y más ciertos los recuerdos de la triple Roma, quisimos verla una última vez en los grandes monumentos que la resámen.

En esta visita de adios fueron empleados nuestros últimos instantes. Roma pagana se personifica en las ruinas colosales de sus edificios; y el Capitolio, el Foro, la Prision Mamertina, el Coliseo, el Acueducto de Claudio, las Térmas de Diocleciano, el Obelisco de Augusto, nos vieron de nuevo, recogiendo el irrecusable testimonio que rinden al génio, á la religion, á las leyes, á las costumbre de la poderosa reina de la fuerza.

Hé aquí la traduccion de este testimonio mudo, pero elocuente: «Hubo un mundo, cuya capital era Roma y de la cual era señor, César; un mundo que divinizó al hombre y á sus pasiones groseras, y á sus institutos crueles; que vió á todos los pueblos encadenados sucesivamente al carro de la victoria, llevar al hombre deificado el homenaje de sus riquezas y de su más pura sangre; que rugió como la hiena

y el tigre, cuando doce pescadores armados de una cruz de madera vinieron á disputarle el imperio de las inteligencias; que desgarró durante tres siglos los cuerpos palpitantes de diez millones de mártires, y que verdugo poderoso, fué vencido por sus débiles víctimas, y no dejó despues de sí más que monumentos de su orgullo, de su fuerza, de su voluptuosidad y de su fabulosa barbarie, monumentos gigantes, cuyo último vestigio hubiera desaparecido de la Cruz victoriosa, si no hubiera cuidado de cubrirlo con su sombra tutelar. ¡Gracias á tí, mundo de Júpiter y de Neoron! siempre vivo en tus ruinas, enseñas eternamente á los siglos; y más elocuente que todos los oradores, elevas á su más alto poder el milagro de la divinidad de mi fe y el sentimiento de mi reconocimiento hácia el Dios libertador del género humano. Adios, tu mision está cumplida; descansa en tu vasta tumba, y si es posible, que la tierra te sea leve.»

Nuestra visita á Roma pagana, unida á algunos preparativos de viaje, habia ocupado una parte del dia. Por la tarde á las siete atravesábamos de prisa el Puente Sixto y en casi toda su extension seguíamos el Longara. ¿A dónde íbamos tan de prisa? A la casa de la buena viuda Buffalo. ¿Qué queríamos á aquella excelente mujer que nos era perfectamente desconocida? Queríamos tomar los lugares apartados para nosotros en su balcon situado á la orilla del Tíber enfrente del castillo Sant-Angelo, con objeto de gozar allí á todo nuestro sabor de la magnífica *Girandola*. Se da este nombre á los fuegos artificiales del muelle de Adriano que tienen lugar como regocijo por la Resurreccion del Salvador. Todo Roma estaba en el espectáculo, el más hermoso que puede verse despues de los de la víspera.

A las ocho y tres cuartos, muchos cañonazos dieron la señal de la fiesta. En

un abrir y cerrar de ojos, la plataforma del castillo Sant-Angelo lanzó á los aires columnas de llamas que representaban al natural una erupcion del Vesubio. A fin de completar la ilusion, las llamas se elevaban por bocanadas como si hubiesen sido violentamente arrojadas por el aire comprimido en el seno del volcan, mientras que el ruido del cañon imitaba los rugidos subterráneos de la montaña. A este terrible espectáculo siguió una dulce y graciosa representacion. El castillo se iluminó repentinamente por millares de lamparillas de una luz tan viva que era un rio de diamantes en la cabeza de una mujer. Por escena tercera tuvimos las Cascadillas de Tivoli. De todas las tronearas de la ciudadela bajaron riachuelos de fuego semejantes al fierro en fusion. Nada se olvidó, ni aun la gran cascada, cuya luz deslumbradora reflejada por las aguas del Tíber, duplicaba para nosotros el placer del mágico espectáculo.

Vinieron en seguida, para gloria del divino Triunfador, una vasta corona de haces brillantes, de los que cada uno semejaba á una planta de aloe, luego candelas romanas, cometas, cohetes. Al estallar en el aire todos aquellos meteoros dejaban escapar ejércitos de pequeños pescados volantes que parecian batirse y morian despues del instante que les habia visto nacer. Esto no era más que el preludio de la gran batalla librada al mundo por el divino Crucificado. El combate mismo se presentó en un sitio notable sobre todo por el número de cohetes y de los cañonazos que se sucedian con una rapidez extrema. En fin, el ramillete se compuso de una masa de candelas romanas, que elevándose á una gran altura, estallaron todas á un tiempo y formaron al caer un inmenso haz de llamas, cuyos vivos matices centelleaban como rubíes, diamantes y topacios, á los rayos del sol.

Cracias al lugar que ocupábamos en la crilla del Tíber, nos fué dado gozar doblemente de los fuegos artificiales. La realidad se nos aparecía en el muelle de Adriano; y la imágen en el rio, cuyas aguas tranquilas reproducían á nuestros piés todas aquellas graciosas y terribles maravillas.

La girándola termina las fiestas de la Pascua. Al dejar con pena el viajero reflexivo aquellos lugares en donde probó tantos goces, siente la necesidad de entrar en sí mismo y se pregunta: ¿Por qué estos grandes espectáculos? Todas aquellas pompas dispendiosas ¿no serian más que una vana diversion? ¿De dónde viene á las solemnidades romanas el privilegio de hacer sentir impresiones que ninguna otra fiesta produce? ¿Por qué la ciudad eterna da cada año semejantes fiestas al mundo? El buen sentido no tiene trabajo en responder: Roma es demasiado grave para olvidarse hasta el punto de gastar periódicamente en placeres inútiles las limosnas de los fieles ó los sudores de sus hijos. Su historia la absuelve de semejante sospecha. ¿Cuál es, pues, su designio? Hasta la naturaleza de sus fiestas le revela y le da el secreto de las impresiones inefables que ellas producen.

El pueblo necesita fiestas, y por pueblo debe entenderse á todos los pobres. Pero cuidado, porque las fiestas públicas son, segun su naturaleza, una causa poderosa de salvacion ó de ruina para las naciones. Que las fiestas públicas sean al mismo tiempo una expansion y una gran leccion de virtud, y el pueblo llevará alegremente el peso del trabajo. Moved todos los nobles instintos del corazon engrandecido, el carácter nacional, y entónces sembráis el principio fecundo de acciones generosas que son la gloria y el sostenimiento de las sociedades. Pues bien; solo las fiestas católicas, uniendo en su más alto

grado este doble carácter, tienen el privilegio de producir esta doble ventaja. Roma lo comprende; y si su conducta tuviera necesidad de justificacion, la encontraría en la historia de las naciones que desprecian las fiestas religiosas. Habeis convertido en irrisión las pompas saludables del catolicismo; las habeis empobrecido ó suprimido; el pueblo se ha alejado de ellas pero no ha perdido el gusto por las fiestas; le faltan y las tendrá. Los teatros, los bailes, las orgías de los juegos públicos, las inmundas diversiones de nuestras grandes ciudades, reemplazarán los nobles placeres que la religion le ofrecia gratuitamente. En vez de espiritualizarse se materializa; y la excitacion febril de todos los malos instintos, y la corrupcion de los corazones, y la perversidad de las inteligencias, y el abatimiento del carácter nacional, y el odio al órden, y la ruina precoz de la salud, y el desórden moral, y la miseria material, su inevitable consecuencia, serán los frutos amargos que el pueblo recogerá del desprecio y de la supresion de las fiestas religiosas. Lo que hago no es una profecía, sino una descripcion de la historia.

Las solemnidades romanas, justificadas en su existencia, ocultan todavia la razon de su poder maravilloso. Se le descubre á la vez, en su magnificencia exterior y en su naturaleza íntima. Lo que he dicho de la capilla Sixtina, de sus pinturas, de sus cantos, de sus ceremonias, de la bendicion papal, de la iluminacion de la cúpula, basta para enseñar que solo Roma posee los elementos, cuyo conjunto hace de sus solemnidades las fiestas más bellas despues de las del cielo. Si se agrega que estas fiestas, en las cuales la riqueza de los pormenores y el buen gusto de las disposiciones se unen á la grandeza del objeto, se celebran bajo el magnífico cielo de Italia, en la Ciudad Eterna, en medio de las

deslumbradoras obras maestras del génio cristiano, à vista de todo lo que la tierra conoce de más augusto, en presencia de una nube de testigos venidos de los cuatro puntos del globo, se comprenderá que el espectador, subyugado por este maravilloso conjunto, experimenta impresiones desconocidas en cualquiera otra parte, y siente que su admiracion se eleva hasta el entusiasmo y su bienestar hasta el delirio.

Todas las solemnidades romanas de la Semana Santa y de la Pascua deben su incomparable poder, no tanto á su pompa exterior, cuanto á su naturaleza íntima. Hay en el corazon humano dos grandes fibras cuyo estremecimiento quebranta profundamente y con seguro golpe todas las demas: el dolor y la esperanza. Movidas separadamente, ejercen una poderosa accion; movidas al mismo tiempo, llevan la impresion á su mayor energía. Poner en juego simultáneamente estos dos resortes del alma, ponerlos en juego con una fuerza sobrehumana, hé ahí el privilegio de las solemnidades romanas de que hablo. La muerte, la resurreccion de un Dios inmolado por el hombre y resucitado para el hombre, es decir, el espectáculo más lúgubre y el dolor más profundo, repentinamente seguidos del triunfo más brillante y más glorioso, tal es el objeto, ó por mejor decir, el alma de las fiestas. ¿Cómo concebir que semejante drama, representado con todos los recursos del arte y del génio, no conmoviese al espectador hasta las profundidades de su alma y no elevase sus impresiones á su última potencia?

Es necesario añadir, que en su parte dolorosa, como en su parte consoladora, el drama del Gólgota lleva un sello de catolicidad que contribuye maravillosamente á aumentar el interes, al mismo tiempo que por sus relaciones íntimas con cada uno de nosotros, nos asocia á sus peripe-

cias lúgubres y á su glorioso desenlace. Hablando solo de las alegrías que produce, ¿se comprende ya cuál debe ser su vivacidad? Iluminar un palacio, hacer fuegos artificiales al nacimiento de un príncipe, con ocasion de una victoria, en memoria de una revolucion, es una fiesta esencialmente particular. El acontecimiento celebrado es de un interes local; muchas veces también, si hace la felicidad de unos, hace el dolor de los otros. Tal es en general el carácter de todas las fiestas políticas. Ahora bien; el hombre es de tal naturaleza, que goza poco, y goza mal cuando goza solo. Para estar contento quiere su corazon estar unísono con otros corazones; miéntras mayor es el número de ellos más aumenta su felicidad. Además, el placer que experimenta toma el carácter del objeto que lo produce. Será sucesivamente superficial, transitorio, inquieto, fútil, segun que su principio esté impregnado de alguno de estos caracteres.

Por el contrario, el motivo de regocijo es por su naturaleza comun, no solo á una provincia, à una nacion, á una parte del mundo, sino á todas las naciones del globo y aun al mismo cielo; toca por su naturaleza á las profundidades de la humanidad y á las grandezas de Dios; en una palabra, ¿es católica segun toda la energía de la palabra? Al instante la impresion que produce toma un carácter de intimidad, de dulzura, de fuerza, que sumerge en una deliciosa embriaguez el corazon y los sentidos.

Además, el magnífico templo del universo, resplandeciente de luces en medio de las tinieblas de la noche é iluminando con sus luces el Circo mismo de Neron, que en otro tiempo iluminaron los cristianos cambiados en antorchas vivas; el colosal mausoleo de un perseguidor de la Iglesia convertido en el teatro en que el génio celebra el triunfo del vencedor de

los Césares y del mundo; este mismo vencedor, que no es un hombre, sino un Dios, un Dios que combate no por él, sino por la humanidad decaída, que la salva, la rehabilita, y, colocándola con él en su glorioso carro, la introduce á la ciudad de la eterna felicidad. ¿Conoceis algo más católico, y por consiguiente, más interesante y más propio para elevar el alma del espectador? A su vez, ¡ved cómo se dilata el corazón! Abandonándose al entusiasmo de la alegría, siente que nada en un océano sin límites y sin fondo; que está unísono con el cielo y la tierra; que su felicidad no hace correr otras lágrimas que las de la alegría; siente, sobre todo, que su regocijo pasajero se toca por vínculos misteriosos con las alegrías del mundo futuro; que la fiesta que celebra es su propia fiesta, la fiesta de sus millones de hermanos de todas nacionalidades, de todas lenguas y de todas tribus, la fiesta de los ángeles, la fiesta del mismo Dios, celebrada en los confines del tiempo y de la eternidad.

Se comprende por otra parte la profunda sabiduría de Roma, la madre de los pueblos y la guardiana de las sociedades; para todas las naciones ha establecido aquellos sublimes espectáculos que multiplica para sus hijos. A las grandes solemnidades de la Pascua y de San Pedro, siguen en el curso del año las fiestas patronales de sus cincuenta y dos parroquias. El día de la fiesta cada parroquia tiene su iluminación, sus fuegos artificiales y su orquesta en el pórtico. Hé aquí otras tantas lecciones de espiritualismo que se han dado y otras tantas victorias que se han ganado en provecho de la familia y de la sociedad sobre las malas inclinaciones de la naturaleza.

29 DE MARZO.

Adioses á Roma cristiana y á Roma subterránea. — Cadena de San Pablo, en San Pablo *extra-muros*. — Cadena de San Pedro, en San Pedro *in Vincoli*. — Palabras de San Crisóstomo.

Hoy era el día de nuestra despedida á Roma cristiana. ¡Pero cómo dársela y por dónde comenzar? Porque en todas sus obras Roma cristiana es querida al viajero católico y sus obras son innumerables como los monumentos que las resúmen. Nos fué preciso elegir. Para acordarnos eternamente de su inteligente piedad hácia Dios, hácia María, y hácia los hombres, fuimos desde luego á adorar á su jefe invisible, al Hijo de Dios, en la iglesia donde las Cuarenta Horas le exponían á los homenajes de los Romanos. ¡Bendita sea por siempre la devoción tutelar que oponiendo todos los días á la justicia divina, la gran Víctima de propiación, armada contra las iniquidades del mundo, desvía azotes demasiado merecidos, eleva incesantemente los corazones y hace correr por el universo entero un río de misericordia y de gracia!

Algunos instantes más tarde pasábamos las escaleras de Santa María la Mayor, la basílica querida de la augusta Madre de Dios. A ejemplo diez veces secular de tantos pontífices, estábamos prosternados ante la imagen milagrosa de la Reina de los ángeles y de los hombres, y bendecíamos á Roma por haber impulsado, fortificado, exaltado y hecho tan perfectamente popular el culto de la más dulce de las vírgenes, de la más amable de las madres, de aquella hija de Judá, cuya sonrisa, cuya mirada, cuyo nombre solo lleva á todas las almas la serenidad, el valor, la pureza y la confianza infantil.

Después de Santa María la Mayor hi-

cimos una última visita al cementerio del Janículo. Arrodillados en aquella tierra Santa, teatro católico de la piedad hácia las almas del Purgatorio, mezclamos nuestras oraciones á las que todos los días se hacen allí por los cofrades de la Muerte. La divina inteligencia y el corazón maternal de la señora de todas las iglesias se habían revelado de nuevo á nuestras miradas conmovedoras. En aquella triple devoción hácia Nuestro Señor, en el Santo Sacramento hácia María, hácia las almas del Purgatorio habíamos visto el secreto más íntimo y como la esencia de la piedad católica. Como simple fiel yo hubiera bendecido á Roma porque así muere lo que hay de más elevado, de más tierno y de más social en el corazón del hombre; como sacerdote encargado de difundir el verdadero espíritu del catolicismo ¡qué grandes fueron mis acciones de gracias por aquella revelación preciosa! ¡Adios, Madre muy amada, inteligente esposa del Hombre-Dios, por qué será que sois tan poco comprendida.

Roma, que ora día y noche por sus hijos, cuyos eternos destinos ignora, vela con gran solicitud sobre las tumbas gloriosas de aquellos á quienes la victoria ha coronado con sus laureles inmortales. Con un santo orgullo los enseña á sus amigos; y á sus enemigos en pie en los umbrales de las catacumbas ella dice, como Dios á Moisés: Quitaos el calzado; la tierra que vais á pisar es una tierra tres veces santa. Por última vez quisimos pisar aquella tierra santa, por la sangre de que está mojada, por los misterios que vió cumplirse y por las heroicas virtudes de que fué teatro. Entramos á las catacumbas de San Pancrácio y dimos nuestro adiós á los mártires. ¡Gloriosos testigos de nuestra creencia benditos seáis por el valor que os hizo desafiar á los tiranos; á vuestro heroísmo debemos nuestra fe, las luces de

la civilización que nos levantan muy alto sobre el mundo antiguo; como prenda de su última visita, haced corred en el alma de estos oscuros peregrinos, hijos y hermanos vuestros, la sávia de la fe primitiva, principio fecundo de las virtudes cuya auréola incomunicable debe rodear la frente de la Iglesia en los últimos años de su vejez como en los primeros días de su infancia! ¡Adios! y estamos resueltos á morir, más bien que á deshonar el nombre que nos habeis conquistado!

De las catacumbas nos fuimos al hospital del Espíritu Santo y al hospicio de San Miguel, magnífico resumen de la caridad romana hácia los vivos. Desde la cuna hasta el sepulcro, el pobre, el enfermo, el débil y el pequeño, todos esos seres que Roma pagana entregaba á los dientes de las fieras y á la espada de los gladiadores, para divertirse, se nos aparecieron de nuevo en aquellos dos establecimientos, rodeados de miramientos, de respetos y de cuidados que harán eternamente de Roma cristiana la madre de la caridad, como lo es la madre de la fe. Adios, ciudad providencial, sed reina puesto que tal es vuestro inmortal destino; extended sobre todos los pueblos, sacados por vos de la barbarie, el cetro glorioso de la inteligencia y del amor, como en otro tiempo impusisteis á las naciones vencidas por vuestras armas, el yugo humillante de la servidumbre; y que al tributo de sangre suceda el tributo de un reconocimiento eterno.

En medio de nuestras excursiones se nos dijo que había estación en la basílica de San Pablo *extra-muros*, y esta noticia fué para nosotros un gran motivo de alegría. Nos iba á ser dado ver la cadena del inmortal prisionero de Jesucristo. Un coche de sitio nos llevó rápidamente al pórtico de la venerable iglesia. En dos pasos estuvimos en la capilla en donde es

tán depositadas las preciosas reliquias. Un sacerdote de roquete y de estola fué á abrir el tabernáculo que las encierra; nosotros estábamos de rodillas en el escalon del altar. Despues de una corta oracion, el sacerdote toma la cadena y la pone en nuestras manos. Ver, tocar, llevar á los labios, cubrir de besos y de ardientes lágrimas aquella cadena más preciosa que los collares de los reyes, aquella cadena orgullo de Pablo y que él llevaba como esclavo voluntario, para romper las cadenas del género humano, ¡qué momento! ¡qué sensacion! La cadena apostólica se compone de anillos oblongos y mal forjados que anuncian bien la fabricacion antigua; no es muy pesada tal vez porque San Pablo era ciudadano romano.

Para poner el colmo á nuestra felicidad, no faltaba más que ver las cadenas igualmente gloriosas del compañero de San Pablo, de San Pedro, el jefe de los conquistadores del mundo, de los salvadores de la humanidad. Al volver de San Pablo, tuvimos que ver al sabio profesor de historia eclesiástica, al Sr. Abate Fizzani. 1 Como miembro de la Congregacion de los canónigos regulares de San Juan de Letran que está encargada de prestar sus servicios en San Pedro *in Vincoli*, vive en el convento contiguo á la iglesia.

Despues de haberle hablado de la felicidad que acabábamos de gozar, le pregunté si seria imposible colmarla viendo las cadenas de San Pedro. «La dificultad es extrema, me dijo, las cadenas de San Pedro no se exponen á la veneracion de los fieles sino hasta Agosto. ¿Podeis esperaros hasta entónces? continuó sonriendo.—Mañana nos vamos.—¿Cómo hacer? Tres llaves cierran la caja en donde se conservan las cadenas; una está en manos del Santo

1 A él se debe el «*Tesoro de la historia eclesiástica*» *Jhesauros historiae eclesiasticae*. 19 vol.

Padre, otra en las del cardenal protector, la tercera se confia al abate de *San Pietro in Vincoli*. Para abrir la caja es necesario tener las tres.»

El excelente amigo que así nos habia tenido en suspenso, se apresuró á añadir: «Tranquilizaos, hoy hay un permiso á las cuatro; encontraos en la Iglesia; os juntareis á los otros viajeros y sereis admitidos.» Júzguese de nuestra alegría y de nuestra fidelidad en la cita. Hé aquí la historia de aquellas cadenas venerables que íbamos á contemplar: San Pedro arrestado en Jerusalem y arrojado á la prision por órden de Herodes, fué atado con una doble cadena. 1 El ángel del Señor libró al prisionero. Sus cadenas, que quedaron en el calabozo, fueron recogidas por los guardianes á quienes el apóstol tuvo tiempo de convertir. La Iglesia naciente de Jerusalem conservó como el más precioso tesoro aquella prenda de los sufrimientos de su padre y lo rodeó siempre de un respeto y de una ternura filial. 2 Lo mismo pasó hasta el siglo quinto. Entónces, quiero decir, el año 436, la emperatriz Eudoxia, mujer de Teodosio el jóven, al venir á Jerusalem llevó consigo las cadenas del apóstol á Constantinopla. Ella retuvo una, que fué depositada en la soberbia basilica construida expresamente para recibirla; mandó otra á Roma, á su hija Eudoxia, mujer del Emperador Valentiniano.

El Soberano Pontífice quiso comparar esta cadena con la que fué atado San Pedro en la prision Mamertina por óden de Neron y que, á ejemplo de sus hermanos de Jerusalem, los fieles de Roma habian conservado con religioso cuidado. En presencia de todo el pueblo las acercó una á otra. Por un milagro siempre subsisten-

1 *Vinctus cateni duabus*. «Atado con dos cadenas.» Act. C. XII.

2 *De procul. apud Lippom*. VII; Baron; *Annot. ad Martyr*. dice 1 aug.

te, las dos cadenas se unieron al punto, de suerte que hoy no forman más que una sola. En memoria del prodigio y en honor de San Pedro, el Papa, de acuerdo con la emperatriz, edificó la basilica de San Pedro *ad Vincula*. La cadena fué depositada en ella, allí está todavía, despues de haber recibido los homenajes de todas las generaciones que se han sucedido desde el siglo quinto hasta nuestros dias. Desde tiempo imemorial, los papas han acostumbrado enviar limadura de esta cadena y de la de San Pablo á los emperadores y á los reyes que han merecido bien de la religion. Esta limadura se encierra en una pequeña llave de oro, que la piedad de los príncipes cristianos suspende á su cuello como un preservativo contra los peligros y como una advertencia para lo que deb en ser. 1 A las cadenas de San Pedro se han agregado cuatro anillos de las de San Pablo á fin de no separar en los homenajes del reconocimiento católico á los dos ilustres prisioneros de Jesucristo. Entramos al tesoro de la Iglesia y encontramos al abate de pié, delante de la caja entreabierta; nos hizo seña que nos acercáramos. Cuando estuvimos de rodillas, tomó la cadena se-

1 Las cadenas de San Pablo fueron conserdas con el mismo cuidado y depositadas desde luego como las de San Pedro en la basilica Vaticana. San Gregorio, escribiendo á la emperatriz Constanca, la dice: «De catenis quas ipse «San Paulus in collo et in manibus gestavit, ex «quibus multa miracula in populo demonstrantia partem aliquam vobis transmittere curabo, «si tamen hanc tollere limando prevaeluero.» *Epist.* I, III, epis. 30.—Siete anillos de la cadena con que Neron cargó á San Pedro, así como las llaves de la prision Mamertina se conservan en la Iglesia de Santa Cecilia. La piedad de los fieles las ha adornado con piedras preciosas. Boldetti, *Osservaz.*, etc., lib. I, C. LX, p. 313; véase tambien Bar., *Annot. ad Martyrol*; 1º de Agosto.—Id *Annal.*, t. 1. an 69, n. 30.

«Si puedo quitar limándolas, una parte de las cadenas que el mismo San Pablo llevó en el cuello y en las manos, y por las cuales se obran muchos milagros, cuidaré de enviárosla.»

llada por uno de los anillos en la parte inferior de la caja y nos la presentó. Puede tener cinco piés de longitud: en cada extremidad está una charnela destinada á sujetar las manos y el cuello Los anillos, de forma antigua, son mucho más gruesos que los de la cadena de San Pablo. Por un favor insigne, el excelente guardian abrió una de las charnelas, nos la hizo tomar é hizo que abrazara nuestro cuello. En este instante solemne, me acordaba de San Juan Crisóstomo, y de que más feliz que el ilustre patriarca, yo gozaba de una dicha que él habia ambicionado tanto.

«¡Qué no me sea dado, exclamaba, ver los lugares en donde se conservan las cadenas de los apóstoles! ¡Cuánto quisiera ver aquellas cadenas que el infierno teme y que el cielo venera! Si los deberes de mi ministerio y la debilidad de mi cuerpo no me detuviesen, ¡con qué felicidad emprenderia yo la peregrinacion de Roma, únicamente por ver aquellas cadenas y la prision de Pedro y de Pablo! ¡Bienaventuradas cadenas! ¡bienaventuradas manos las que se adornaron con ellas! ¡Oh, si yo hubiera vivido en aquel tiempo, cómo hubiera cubierto de besos aquellas manos dignas de ser encadenadas por mi divino Maestro! Las manos de Pedro y de Pablo, eran más gloriosas cargadas de cadenas, que cuando levantaban al tullido de Lystra; más dichosos en la prision que en el tercer cielo; más gloriosos en su oscuro calabozo que sobre un trono brillante de oro y de pedrería. No, no, nada es tan hermoso como una cadena llevada por causa de Jesucristo. Ser encadenado para él es más que ser apóstol, doctor, evangelista, ángel. ¡Oh feliz cadena, más bella que todos los collares, que todas las diademas, que todas las coronas de los reyes, fuérame dado veros!» 1

1 Si quis mihi offerret totum colum aut